

Desigualdad

DEL 1%, POR EL 1%, POR EL 1%.

POR JOSEPH E. STIGLITZ

Los estadounidenses han estado viendo protestas contra regímenes opresivos que concentran la riqueza masiva en manos de unos pocos de élite. Sin embargo, en nuestra propia democracia, el 1% de las personas se lleva casi una cuarta parte de los ingresos de la nación, una desigualdad que incluso los ricos lamentarán.

No sirve de nada pretender que lo que obviamente ha sucedido no haya ocurrido de hecho. El 1% superior de los estadounidenses ahora recibe casi una cuarta parte de los ingresos de la nación cada año. En términos de riqueza en lugar de ingresos, el 1% superior controla el 40%. Su suerte en la vida ha mejorado considerablemente. Hace veinticinco años, las cifras correspondientes eran 12 por ciento y 33 por ciento. Una respuesta podría ser celebrar el ingenio y el impulso que trajo buena fortuna a estas personas, y afirmar que una marea creciente levanta todos los barcos. Esa respuesta sería equivocada. Mientras que el 1 por ciento superior ha visto aumentar sus ingresos un 18 por ciento durante la última década, aquellos en el medio realmente han visto caer sus ingresos. Para los hombres que solo tienen títulos de secundaria, el descenso ha sido abrupto: solo el 12 por ciento en el último cuarto de siglo. Todo el crecimiento en las últimas décadas, y más, se ha dirigido a quienes están en la cima. En términos de igualdad de ingresos, Estados Unidos está rezagado con respecto a cualquier país en la vieja y osificada Europa que el presidente George W. Bush solía burlar. Entre nuestras contrapartes más cercanas están Rusia con sus oligarcas e Irán. Si bien muchos de los antiguos centros de desigualdad en América Latina, como Brasil, se han esforzado en los últimos años, con bastante éxito, para mejorar la situación de los pobres y reducir las brechas en los ingresos, Estados Unidos ha permitido que la desigualdad crezca.

Los economistas intentaron hace mucho tiempo justificar las vastas desigualdades que parecían tan preocupantes a mediados del siglo XIX, desigualdades que no son más que una sombra pálida de lo que estamos viendo hoy en los Estados Unidos. La justificación que obtuvieron se llamó "teoría de la productividad marginal". En pocas palabras, esta teoría asociaba los ingresos más altos con una mayor productividad y una mayor contribución a la sociedad. Es una teoría que siempre ha sido apreciada por los ricos. La evidencia de su validez, sin embargo, sigue siendo escasa. Los ejecutivos corporativos que ayudaron a provocar la recesión de los últimos tres años, cuya contribución a nuestra sociedad, y a sus propias empresas, ha sido enormemente negativa, recibieron grandes bonificaciones. En algunos casos, las compañías estaban tan avergonzadas de llamar a tales recompensas "bonos por desempeño" que se sintieron obligados a cambiar el nombre a "bonos por retención" (incluso si lo único que se retuvo fue un mal desempeño).

Aquellos que han contribuido con grandes innovaciones positivas a nuestra sociedad, desde los pioneros de la comprensión genética hasta los pioneros de la Era de la Información, han recibido una miseria en comparación con los responsables de las innovaciones financieras que llevaron a nuestra economía global al borde de la ruina.

Algunas personas miran la desigualdad de ingresos y se encogen de hombros. Entonces, ¿qué pasa si esta persona gana y esa persona pierde? Lo que importa, argumentan, no es cómo se divide la tarta, sino el tamaño de la tarta. Ese argumento es fundamentalmente erróneo. Una economía en la que a la mayoría de los ciudadanos les va peor año tras año, una economía como la de Estados Unidos, no es probable que le vaya bien a largo plazo. Hay varias razones para esto.

Primero, la creciente desigualdad es la otra cara de otra cosa: la reducción de oportunidades. Cuando disminuimos la igualdad de oportunidades, significa que no estamos utilizando algunos de nuestros activos más valiosos, nuestra gente, de la manera más productiva posible. En segundo lugar, muchas de las distorsiones que conducen a la desigualdad, como las relacionadas con el poder de monopolio y el tratamiento fiscal preferencial para intereses especiales, socavan la eficiencia de la economía. Esta nueva desigualdad crea nuevas distorsiones, lo que socava aún más la eficiencia. Para dar solo un ejemplo, muchos de nuestros jóvenes más talentosos, al ver las recompensas astronómicas, han ingresado a las finanzas en lugar de a los campos que conducirían a una economía más productiva y saludable.

Tercero, y quizás lo más importante, una economía moderna requiere una "acción colectiva": necesita que el gobierno invierta en infraestructura, educación y tecnología. Los Estados Unidos y el mundo se han beneficiado enormemente de la investigación patrocinada por el gobierno que condujo a Internet, a los avances en salud pública, etc. Pero Estados Unidos ha sufrido durante mucho tiempo de una subinversión en infraestructura (ver el estado de nuestras carreteras y puentes, nuestros ferrocarriles y aeropuertos), en la investigación básica y en la educación en todos los niveles. Más recortes en estas áreas están por delante.

Nada de esto debería ser una sorpresa: es simplemente lo que sucede cuando la distribución de la riqueza de una sociedad se vuelve desequilibrada. Cuanto más dividida se vuelve una sociedad en términos de riqueza, más reticentes se vuelven los ricos a gastar dinero en necesidades comunes. Los ricos no necesitan depender del gobierno para los parques, la educación, la atención médica o la seguridad personal; pueden comprar todas estas cosas por sí mismos. En el proceso, se alejan más de las personas comunes y pierden la empatía que alguna vez tuvieron. También se preocupan por un gobierno fuerte, uno que pueda usar sus poderes para ajustar el equilibrio, tomar parte de su riqueza e invertirla para el bien común. El 1 por ciento superior puede quejarse del tipo de gobierno que tenemos en Estados Unidos, pero en verdad les gusta muy bien: demasiado estancados para redistribuir, demasiado divididos para hacer cualquier cosa menos impuestos más bajos.

Los economistas no están seguros de cómo explicar completamente la creciente desigualdad en Estados Unidos. La dinámica ordinaria de la oferta y la demanda sin duda ha jugado un papel importante: las tecnologías que ahorran trabajo han reducido la demanda de muchos "buenos" trabajos de clase media, de cuello azul. La globalización ha creado un mercado mundial, enfrentando a trabajadores no calificados caros en Estados Unidos contra trabajadores no calificados baratos en el extranjero. Los cambios sociales también han desempeñado un papel, por ejemplo, el declive de los sindicatos, que una vez representó a un tercio de los trabajadores estadounidenses y ahora representa alrededor del 12 por ciento.

Pero una gran parte de la razón por la que tenemos tanta desigualdad es que el 1% superior lo quiere de esa manera. El ejemplo más obvio involucra la política tributaria. La reducción de las tasas impositivas sobre las ganancias de capital, que es la forma en que los ricos reciben una gran parte de sus ingresos, ha dado a los estadounidenses más ricos un viaje gratis. Los monopolios y los monopolios cercanos siempre han sido una fuente de poder económico, desde John D. Rockefeller a principios del siglo pasado hasta Bill Gates. La aplicación laxa de las leyes antimonopolio, especialmente durante las administraciones republicanas, ha sido una bendición para el 1% superior. Gran parte de la desigualdad actual se debe a la manipulación del sistema financiero, habilitada por los cambios en las reglas que ha comprado y pagado la propia industria financiera, una de sus mejores inversiones. El gobierno prestó dinero a instituciones financieras con un interés cercano al 0 por ciento y ofreció generosos rescates en condiciones favorables cuando todo lo demás fracasó. Los reguladores hicieron la vista gorda ante la falta de transparencia y los conflictos de intereses.

Cuando observas el enorme volumen de riqueza controlado por el 1% superior en este país, es tentador ver nuestra creciente desigualdad como un logro por excelencia de los Estados Unidos: empezamos muy por

detrás de la manada, pero ahora estamos haciendo la desigualdad en un mundo nivel de clase Y parece que vamos a seguir aprovechando este logro en los próximos años, porque lo que lo hizo posible se refuerza a sí mismo. La riqueza engendra poder, lo que engendra más riqueza. Durante el escándalo de ahorros y préstamos de la década de 1980, un escándalo cuyas dimensiones, según los estándares actuales, parecen casi extrañas, un comité del Congreso le preguntó al banquero Charles Keating si los \$ 1.5 millones que había repartido entre algunos funcionarios electos clave podrían realmente comprar influencia "Ciertamente espero que sí", respondió. La Corte Suprema, en su reciente Ciudadanos Unidos caso, ha consagrado el derecho de las corporaciones a comprar al gobierno, eliminando las limitaciones en el gasto de campaña. Lo personal y lo político están hoy en perfecta alineación. Prácticamente todos los senadores de los EE. UU., y la mayoría de los representantes en la Cámara de Representantes, son miembros del 1 por ciento superior cuando llegan, se mantienen en el cargo con dinero del 1 por ciento superior, y saben que si sirven bien al 1 por ciento superior, lo harán ser recompensado por el 1 por ciento superior cuando dejan el cargo. En general, los principales responsables de la formulación de políticas en materia de políticas comerciales y económicas también provienen del 1% superior. Cuando las compañías farmacéuticas reciben un regalo de un billón de dólares (a través de una legislación que prohíbe al gobierno, el mayor comprador de drogas, negociar sobre el precio), esto no debe ser motivo de asombro. No debería hacer caer las mandíbulas que un proyecto de ley de impuestos no puede surgir del Congreso a menos que se apliquen grandes recortes de impuestos para los ricos. Dado el poder del 1% superior, esta es la forma en que lo haría esperar que el sistema funcione

La desigualdad de Estados Unidos distorsiona nuestra sociedad de todas las formas posibles. Hay, por un lado, un efecto de estilo de vida bien documentado: las personas fuera del 1 por ciento superior viven cada vez más fuera de su alcance. La economía de goteo puede ser una quimera, pero el conductismo de goteo es muy real. La desigualdad distorsiona masivamente nuestra política exterior. El 1 por ciento superiores raras veces sirve en el ejército; la realidad es que el ejército de "todos los voluntarios" no paga lo suficiente para atraer a sus hijos e hijas, y el patriotismo solo llega hasta el momento. Además, la clase más adinerada no se siente presionada por los impuestos más altos cuando la nación va a la guerra: el dinero prestado pagará todo eso. La política exterior, por definición, tiene que ver con el equilibrio de los intereses nacionales y los recursos nacionales. Con el 1 por ciento superior a cargo, y sin pagar ningún precio, la noción de equilibrio y moderación sale por la ventana. No hay límite a las aventuras que podemos emprender; Las corporaciones y los contratistas solo pueden ganar. Las reglas de la globalización económica también están diseñadas para beneficiar a los ricos: fomentan la competencia entre países para las empresas, que reducen los impuestos a las corporaciones, debilitan la salud y la protección del medio ambiente, y socavan lo que antes se consideraba como los derechos laborales "centrales", que incluyen el derecho a la negociación colectiva. Imagine cómo se vería el mundo si las reglas se diseñaran para fomentar la competencia entre los países por los trabajadores. Los gobiernos competirían por brindar seguridad económica, bajos impuestos sobre los asalariados ordinarios, buena educación y un ambiente limpio, cosas que preocupan a los trabajadores. Pero el 1% superior no necesita preocuparse.

O más exactamente, piensan que no lo hacen. De todos los costos impuestos a nuestra sociedad por el 1% superior, quizás el mayor sea el siguiente: la erosión de nuestro sentido de identidad, en el que el juego limpio, la igualdad de oportunidades y el sentido de comunidad son tan importantes. Estados Unidos se ha enorgullecido durante mucho tiempo de ser una sociedad justa, donde todos tienen las mismas posibilidades de salir adelante, pero las estadísticas sugieren lo contrario: las posibilidades de un ciudadano pobre, o incluso de un ciudadano de clase media, por lo que llegan a la cima en Estados Unidos son: Más pequeño que en muchos países de Europa. Las cartas se apilan contra ellos. Es este sentido de un sistema injusto sin oportunidad lo que ha dado lugar a las conflagraciones en el Medio Oriente: el aumento de los precios de los alimentos y el creciente y persistente desempleo juvenil simplemente sirvió como fuente de fuego. Con

el desempleo juvenil en los Estados Unidos en alrededor del 20 por ciento (y en algunos lugares, y entre algunos grupos sociodemográficos, el doble); con uno de cada seis estadounidenses que desean un trabajo de tiempo completo no pueden obtener uno; con uno de cada siete estadounidenses en cupones de alimentos (y aproximadamente el mismo número que sufre de "inseguridad alimentaria"): dado todo esto, hay amplia evidencia de que algo ha bloqueado el cacareado "goteo" desde el 1 por ciento superior a todos los demás. Todo esto tiene el efecto predecible de crear enajenación: la participación de los votantes entre las personas de 20 años en la última elección fue del 21 por ciento, comparable a la tasa de desempleo. con uno de cada siete estadounidenses en cupones de alimentos (y aproximadamente el mismo número que sufre de "inseguridad alimentaria"): dado todo esto, hay amplia evidencia de que algo ha bloqueado el cacareado "goteo" desde el 1 por ciento superior a todos los demás. Todo esto tiene el efecto predecible de crear enajenación: la participación de los votantes entre las personas de 20 años en la última elección fue del 21 por ciento, comparable a la tasa de desempleo. con uno de cada siete estadounidenses en cupones de alimentos (y aproximadamente el mismo número que sufre de "inseguridad alimentaria"): dado todo esto, hay amplia evidencia de que algo ha bloqueado el cacareado "goteo" desde el 1 por ciento superior a todos los demás. Todo esto tiene el efecto predecible de crear enajenación: la participación de los votantes entre las personas de 20 años en la última elección fue del 21 por ciento, comparable a la tasa de desempleo.

En las últimas semanas, hemos visto a personas que salen a las calles por millones para protestar por las condiciones políticas, económicas y sociales en las sociedades opresivas que habitan. Los gobiernos han sido derrocados en Egipto y Túnez. Las protestas han estallado en Libia, Yemen y Bahrein. Las familias gobernantes en otras partes de la región miran nerviosas desde sus penthouses con aire acondicionado, ¿serán las siguientes? Tienen razón en preocuparse. Estas son sociedades donde una fracción minúscula de la población, menos del 1 por ciento, controla la mayor parte de la riqueza; donde la riqueza es un determinante principal del poder; donde la corrupción arraigada de un tipo u otro es una forma de vida; y donde los más ricos a menudo se interponen activamente en el camino de políticas que mejorarían la vida de las personas en general.

Mientras contemplamos el fervor popular en las calles, una pregunta que debemos hacernos es esta: ¿cuándo llegará a Estados Unidos? De manera importante, nuestro propio país se ha convertido en uno de estos lugares distantes y problemáticos.

Alexis de Tocqueville una vez describió lo que vio como una parte principal del genio peculiar de la sociedad estadounidense, algo que llamó "interés propio entendido correctamente". Las dos últimas palabras fueron la clave. Todos poseen interés propio en sentido estricto: ¡quiero lo que es bueno para mí ahora mismo! El interés propio "bien entendido" es diferente. Significa apreciar que prestar atención al interés propio de todos los demás, en otras palabras, el bienestar común, es de hecho una condición previa para el bienestar máximo de uno. Tocqueville no estaba sugiriendo que hubiera algo noble o idealista en esta perspectiva; de hecho, estaba sugiriendo lo contrario. Era una marca del pragmatismo estadounidense. Esos astutos estadounidenses entendieron un hecho básico: mirar al otro hombre no solo es bueno para el alma, sino bueno para los negocios.

El 1 por ciento superior tiene las mejores casas, las mejores instituciones educativas, los mejores médicos y los mejores estilos de vida, pero hay una cosa que el dinero no parece haber comprado: comprender que su destino está relacionado con cómo los otros 99 por ciento viven. A lo largo de la historia, esto es algo que el 1 por ciento superior eventualmente aprende. Demasiado tarde.